

DOMINGO XIII DE TIEMPO ORDINARIO

1ª lectura (1º Reyes 19, 16b.19-21): *Eliseo se levantó y marchó tras Elías.*

Salmo (15, 1-2a y 5.7-8.9-10.11): *«Tú, Señor, eres el lote de mi heredad»*

2ª lectura (Gálatas 5, 1.13-18): *Para vivir en libertad, Cristo nos ha liberado.*

Evangelio (Lucas 9, 51-62): *Te seguiré adonde vayas.*

Lucas da una gran importancia a la decisión de Jesús de «*subir a Jerusalén*»: es el símbolo de la ascensión hacia la cruz y hacia la resurrección; es el símbolo del mesías que camina entregando su vida. Desde entonces, el camino a Jerusalén también será símbolo del seguimiento de los discípulos de todos los tiempos. Así lo entendió Lucas y así lo escribió para aquellas primeras comunidades cristianas que realizaban el difícil tránsito de salida desde la cultura judía hacia la cultura griega.

«*Subir a Jerusalén*» también simbolizaba la salida de aquellas primeras comunidades: significaba pasar de lo viejo hacia lo nuevo; de la seguridad de lo conocido a la inseguridad que produce un nuevo modo de entender y vivir la fe. También nosotros, los cristianos de hoy, estamos llamados a un cambio en fidelidad a Jesús, y significativo para los hombres contemporáneos nuestros.

Jesús no es del pasado. Como entonces, hoy sigue pasando por aquí, por esta historia nuestra, camino de Jerusalén. Su paso siempre trae consigo una llamada a la conversión. «*Sígueme*», nos vuelve a decir. **¿Qué haremos?** Podemos acoger o podemos rechazar su propuesta, como los samaritanos; podemos dejarnos llevar por el mismo Espíritu que le impulsó a Él o podemos quedarnos encerrados en viejos esquemas mentales e instalados en cómodos modos de vivir, como aquellos primeros discípulos.

Pero, también podemos tener la valentía de decirle: «*te seguiré, Señor*»; y la humildad para escuchar de sus labios las mismas de aquella hora: «*el Hijo del Hombre no tiene donde reclinar la cabeza*», «*el que pone la mano en el arado y mira hacia atrás, no es apto para el Reino de Dios*».

Jesús nos desafía. En la vida cristiana solo Él merece la pena. Solo a Él hemos de seguir. Todo lo demás vale en cuanto nos ayude a caminar junto a Él. **¿No tenéis la sensación de que la vida cristiana la hemos llenado de «cosas», como las casas las vamos llenando de cosas, y hemos ido perdiendo la simplicidad y radicalidad de los inicios?** Jesús no es uno más en la casa de la Iglesia. Él es el centro, el sentido, la medida.

¿Se nos pide ser héroes? ¿El seguimiento es solo para unos valientes? ¿Solo para los más entregados? Desde luego que no. El Evangelio solo nos pide que nos tomemos en serio a Jesús, que escuchemos con atención sus palabras, que contemplemos con admiración su camino lleno de misericordia y que pongamos en juego nuestros talentos y nuestros panes y peces. Él los multiplicará.

Dios quiere siempre servidores libres porque ante Él vale más un acto de amor que todos los servicios posibles arrancados con amenazas. Jesús busca seguidores libres incondicionales, dispuestos a la entrega total, al cumplimiento de la voluntad de Dios como lo hizo Él mismo. Si las condiciones exigidas parecen duras, detrás de estas exigencias hay una gratificante promesa: «*a vosotros que me habéis seguido os daré ciento por uno y la vida eterna*» (Mt 19,27). «*Vosotros que habéis permanecido en mis pruebas, estaréis conmigo en mi Reino*» (Lc 22,28). El seguimiento de Jesús es, por tanto, desconcertante y razonable, es un peso de responsabilidad y al mismo tiempo alivio de seguridad.

Cualquier dificultad de interpretación en las condiciones puestas a los candidatos al seguimiento se esclarece y suaviza con el episodio de Santiago y Juan, que acompaña la narración de Lucas. Estos hombres piden castigo y Jesús es también duro y exigente con ellos. Los discípulos lo han dejado todo y le han seguido pero todavía no conocen bien, ni han asimilado el nuevo espíritu que debe regir las relaciones humanas entre individuos y colectividades: mansedumbre en vez de ira, amor en lugar de violencia.

Los compromisos de la fe nunca pueden entenderse como una actividad marginal u ocupación secundaria que se puede aceptar o desechar sin ulteriores consecuencias. La fe exige un *sí* claro y sin ambigüedades, porque poner condiciones es limitar el alcance de esa fe. Este *sí* se aprecia cuando se vive la fe en toda la radicalidad del seguimiento. No es violencia ni venganza; no es la comodidad que ofrece la seguridad de las cosas distintas de Él; es seguimiento generoso y libre nutriendo diariamente el espíritu con el alimento de sus palabras.

Cómo no seguirte, Jesús, si eres tú lo mejor que he conocido.

Cómo no seguirte, si llevo grabado tu nombre en mi corazón y en mi mente.

Cómo no seguirte, Jesús, aunque sea en la distancia, con frialdad y a regañadientes.

Cómo no seguirte, si eres tú la mano que me acaricia y el perdón que me levanta.

Cómo no seguirte, Jesús, si te veo ir delante del pueblo levantando a los caídos, y sanando las heridas.

Eres tú quien cada mañana y cada tarde me llamas y me invitas: ségueme.

¿Cómo no seguirte! (Javier García)